MEGAN MAXWELL

PÍDEME *lo que* QUIERAS

NO APTO PARA MENORES DE 18 AÑOS

esencia

Pídeme lo que quieras

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la cubierta, Eugene Sergeev / Shutterstock
© de la fotografía de la autora, Archivo de la autora

© Megan Maxwell, 2012
© Editorial Planeta, S. A., 2012
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2012

ISBN: 978-84-08-03451-3
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Depósito legal: B. 27.146-2012
Impresión y encuadernación: Black Print C. P. I.

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Pídeme lo que quieras

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

Para todas aquellas personas a las que la pasión
las enamora y el amor las apasiona

1

Qué pesadita es mi jefa.

Sinceramente, al final tendré que pensar lo mismo que media empresa: que ella y Miguel, el guaperas de mi compañero, tienen un lío. Pero no. No quiero ser mal pensada y entrar en la misma ruleta en la que todas mis compañeras han entrado. El cuchicheo.

Desde enero trabajo para la empresa Müller, una compañía de fármacos alemanes. Soy la secretaria de la jefa de las delegaciones y, aunque mi trabajo me gusta, me siento explotada muy a menudo. Vamos... que sólo le falta a mi jefa atarme a la silla y echarme un chusco de pan para comer.

Cuando por fin termino el montón de trabajo que mi querida jefa me ha ordenado tener listo para el día siguiente, dejo los informes sobre su mesa y regreso a la mía. Cojo el bolso y me voy sin mirar atrás. Necesito salir de la oficina o acabaré saliendo en las noticias como la asesina en serie de jefas que se creen el ombligo del mundo.

Son las once y veinte de la noche... ¡Vaya horitas!

En la calle llueve a mares. ¡Perfecto! Chaparrón de verano. Llego hasta la puerta y, tras echarle valor al asunto, corro hacia el parking donde me espera mi amado *León*. Entro en el garaje como una sopa y, tras darle al botón del mando, *Leoncito* pestañea sus luces dándome la bienvenida. ¡Es más mono...!

Rápidamente me meto en él. No soy miedosa, pero no me gustan los parkings y menos aún si son tan solitarios como éste a estas horas. Inconscientemente, comienzo a recordar películas de terror en las que la chica camina por uno de ellos y un desalmado vestido de negro aparece y la acuchilla hasta morir. ¡Joder, qué mal rato!

En cuanto estoy dentro del coche, cierro los pestillos, abro el

bolso, saco un pañuelo de papel y me seco la cara. ¡Estoy empapada! Pero justo cuando voy a meter las llaves en el contacto... ¡zas!, se me caen. Maldigo a oscuras y me agacho para buscarlas.

Toco el suelo con la mano. A la derecha no están. A la izquierda tampoco. Vaya... encuentro el paquete de chicles que busqué hace días. ¡Bien! Sigo toqueteando el suelo del coche y por fin las encuentro. Entonces oigo unas risas cercanas y miro a mi alrededor con cuidado para que no me vean.

¡Oh, Dios mío!

Entre risas y colegueo veo acercarse a mi jefa y a Miguel. Parecen divertidos. Eso me pone de mala leche. Yo currando hasta las once y pico y ellos, de parranda. ¡Qué injusticia! De pronto, mi jefa y Miguel se apoyan en la columna de al lado y se besan.

¡Vaya tela...!

¡No me lo puedo creer!

Semiagachada en el interior de mi automóvil para que no me vean, contengo la respiración. Por favor... ¡por favor! Si se dan cuenta de que estoy ahí, me muero de la vergüenza. Y no. No quiero que eso ocurra. De repente, mi jefa suelta el bolso y sin ningún miramiento toca con decisión la entrepierna de Miguel. ¡¡¡Le está tocando el paquete!!!

¡Por todos los santos! Pero ¿qué estoy viendo?

¡Dios! Ahora es Miguel quien le mete mano a ella por debajo de la falda. Se la sube, la empuja hacia arriba contra la columna y se comienza a refregar contra ella. ¡¡Qué fuerte!!

¡Ay, madre! ¿Qué hago?

Quiero marcharme. No quiero ver lo que hacen pero tampoco puedo salir de allí. Si arranco el coche, sabrán que los he pillado. Así que, agazapada y sin moverme, no puedo dejar de mirar lo que hacen. Entonces, Miguel vuelve a apoyarla en el suelo y la obliga a dar la vuelta. La coloca sobre el capó del coche y le baja las bragas, primero con la boca y luego con las manos. ¡Joder, le estoy viendo el culo a mi jefa! ¡Qué horror! Y en aquel momento escucho a Miguel preguntarle:

—Dime, ¿qué quieres que te haga?

Mi jefa, como una gata en celo, murmura entregada por completo a la causa.

—Lo que quieras... lo que tú quieras.

¡Qué fuerte, por Dios, qué fuerte! Y yo en primera fila. Sólo me faltan las palomitas.

Miguel vuelve a empujarla sobre el capó. Le abre las piernas y mete la boca en el sexo de ella. ¡Ay, madre! Pero ¿de qué estoy siendo testigo? Mi jefa, doña Tiquismiquis, suelta un gemido y yo me tapo los ojos. Pero la curiosidad, el morbo o como se llame me puede y me los destapo de nuevo. Sin pestañear veo cómo él, tras relamerse, se separa unos centímetros de ella y le mete un dedo, luego dos y, levantándose, la agarra de su pelazo oscuro y tira de él mientras mueve sus dedos a un ritmo que, para qué negarlo, haría suspirar a cualquiera.

—¡Síiiiiiiiiiiiii!—escucho gemir a mi jefa.

Respiro con dificultad.

Me va a dar algo.

¡Qué calor!

Me guste o no, ver aquello me está poniendo frenética, y no precisamente por estar de los nervios. Mis relaciones sexuales son normalitas, tirando a predecibles, así que lo cierto es que ver aquello en vivo y en directo me está excitando.

Miguel se baja la bragueta de su pantalón gris. Saca un más que aceptable pene de su interior... ¡Vaya con Miguel! Y me quedo ojiplática cuando veo que se lo clava de una sola estacada. ¡Me muero! Pero de placer... Vamos, justo por lo que está jadeando mi jefa.

Mis pezones están duros y, de pronto, me doy cuenta de que me los estoy tocando. Pero ¿cuándo he metido mi mano por el interior de la blusa? Rápidamente saco mi mano de ahí, pero mis pezones y el centro de mi deseo protestan. ¡Ellos quieren más! Pero no. Eso no puede ser. Yo no hago esas cosas. Minutos después, tras varios gemidos y bamboleos, Miguel y mi jefa se recomponen. ¡Olé! ¡Ya han terminado! Se meten en el coche y se marchan. Respiro aliviada.

Cuando por fin vuelvo a quedarme sola en el parking, me incorporo de mi escondrijo y me siento en el asiento de mi coche. Las manos me tiemblan. Las rodillas también. Y noto que mi respiración está acelerada. Exaltada por lo que acabo de presenciar, cierro los ojos mientras me tranquilizo y pienso cómo sería tener sexo de ese calibre. ¡Caliente!

Diez minutos después, arranco el coche y salgo del parking. Me voy a tomar unas cervezas con mis amigos. Necesito refrescarme y refrescar mi calenturienta... mente.